

matismo), saltos de la lógica, etc., ensayos que ya la poesía colombiana a cierto nivel formal había realizado fragmentariamente (López, Vidales, De Greiff, Gaitán, Mutis) a falta de un movimiento de vanguardia propiamente dicho»²¹. Es más importante la actitud que los resultados que, en ocasiones, presuponen el fracaso. Así se deduce del primer *manifiesto* de Arango (1958):

La misión es ésta:

No dejar una fe intacta ni un ídolo en su sitio. Todo lo que está consagrado como adorable por el orden imperante será examinado y revisado. Se conservará solamente aquello que esté orientado hacia la revolución, y que fundamente por su consistencia indestructible, los cimientos de la sociedad nueva.

Lo demás será removido y destruido.

¿Hasta dónde llegaremos? El fin no importa desde el punto de vista de la lucha. Porque no llegar es también el cumplimiento de un destino²².

Buen ejemplo de su deseo de *epatar* fue la tan cacareada actuación frente al Congreso Nacional de Escritores Católicos (Medellín, 1959) a los que se insulta en un manifiesto seguido por un ultrajante sacrilegio cometido en la catedral de Medellín. O el *Mensaje Bisiesto a los Intelectuales Colombianos* (1960), punto de partida de una serie de polémicas con los más variados escritores del país²³. Actitudes personales que, como puede comprobarse, no aportan calidad ni valores estéticos a la obra poética, que es lo que verdaderamente perdura y deberá ser enjuiciado por la posteridad. De Gonzalo Arango se aprecia hoy su carácter carismático y su calidad humana patente en una nutrida correspondencia. Y se rebajan los alcances de libros como *Correspondencia violada* que se lee «como folklore de una época en que esto era estridencia»²⁴, ya que no consigue escapar a la retórica repetitiva en su búsqueda pseudometafísica²⁵.

Otro es el caso de Eduardo Escobar (1943), uno de los poetas más prolíficos del movimiento: *Segunda persona* (1968), *Cuac* (1970), *Buenos días noche* (1973), *Cantar sin motivo* (1976) son algunos de los ocho libros que abarcan sus poemas desde los quince a los treinta y tres años. Esta fecha temprana explica la egolatría de un yo literario marcado por el tedio y la pereza —Baudelaire y De Greiff son sus fuentes inmediatas— y cierta melancolía algo reiterativa. Sus últimos textos se abren hacia el entorno, dando cabida a la crítica social. Formalmente, adolece de cierto experimentalismo —carencia de puntuación, espacios en blanco entre las palabras de un verso, ruptura lineal...— que potencia la yuxtaposición de imágenes con ribetes de automatismo. Recursos literarios sin garra suficiente como para arrastrar al lector.

De Mario Rivero (1935) han sobrevivido *Poemas urbanos* (1966), *Baladas sobre ciertas cosas que no se deben nombrar* (1972) y *Baladas* (1980) donde

²¹ Romero, Armando: «El nadaísmo y la literatura» (en Eco. Bogotá, junio 1983, n.º 260, págs. 187-188). Tiene especial interés la bibliografía, muy específica, citada en la pág. 188.

²² Arango, Gonzalo: Primer manifiesto. Parte III. Medellín, Tipografía Amistad, 1958.

²³ Este aspecto de eclosión escandalosa del movimiento ha sido específicamente tratado por un texto de Armando Romero, «El nadaísmo colombiano o la respuesta violenta a la violencia» (en Gente de pluma..., op. cit., págs. 75-87).

²⁴ Jaramillo Agudelo, Darío: «La poesía nadaísta» (en Revista Iberoamericana. Pittsburgh, julio-diciembre 1984, n.º 128-129, pág. 763).

²⁵ Algunos trabajos significativos de Arango fueron recogidos por un compañero generacional, el poeta Jotamario, en *Obra negra*. Buenos Aires, Carlos Lohé, 1974.

se narra en versos voluntariamente prosaicos la monótona aventura cotidiana del antihéroe del XX.

Amílcar Osorio (1940) no ha dejado libro alguno; sí el recuerdo de su tumultuoso *Manifiesto Poético de 1963: Explosiones radiactivas de la Poesía Nadaísta* publicado en Mito, donde se anuncia la aparición del *Nadema*: «mezcla radiactiva de palabras que pueden generar por fusión nuclear una reacción en Cadena Perpetua, la cual tendrá como consecuencia el Misterio»²⁶. Parece que existen un par de libros inéditos según esta «receta»: *Vana Stanza* y *Umbral et Torsi* de los que adelantó algunos poemas en *Golpe de dados* y *Acuarimántima*. Poesía minoritaria, como es de suponer, con énfasis en la experimentación visual, su mérito pasa por haber introducido en el contexto colombiano a Pound y los imaginistas.

Darío Lemos, cuya figura responde a la del poeta maldito, pasará a la historia de la poesía por las cartas-poema, cartas en que la naturalidad cuaja en textos de indudable fuerza poética. Y es que las situaciones familiares y entrañables potencian su capacidad imaginativa hasta cotas difícilmente alcanzables por la vía del trabajo rutinario. Poemas como «Caballito de rey», dedicado a su hijo, remiten al *Ismaelillo* de Martí, no tanto por las semejanzas formales, como por el impulso lírico que genera la estrecha relación paterno-filial.

J. Mario Arbeláez (1940), conocido como *Jotamario*, es de lo mejor y más vanguardista del movimiento y así se constata en la introducción de Arango a la muestra antológica *13 poetas nadaístas*. Acostumbrado a no fijarse más límites que los impuestos por su imaginación e ingenio personal, se apoya en recursos provenientes del mundo de la publicidad en que trabaja. Su poesía tiene siempre un punto de partida autobiográfico y paródico. En 1965 aparece su libro *El Profeta en su Casa*, que bebe en las fuentes del surrealismo. Esas características se confirman en textos posteriores recogidos en *Mi reino por este mundo* (1980).

En cuanto a Jaime Jaramillo Escobar (1932) que se esconde tras el pseudónimo de X-504, «se podría decir que la existencia del Nadaísmo se justifica por el solo hecho de que haya aportado a la poesía colombiana el nombre y la obra de Jaime Jaramillo Escobar» —ha comentado Jaime Jaramillo Agudelo—²⁷. Será recordado por los *Poemas de la ofensa* (1968), libro con el que consiguió el premio nadaísta de poesía del 67. Apoyado en el versículo bíblico, continúa la tradición colombiana del poema-relato que había triunfado con León de Greiff. Como éste, reverencia al conde de Lautréamont e imita su tono disolvente y sarcástico. De igual modo incorpora a Whitman y William Blake, con un verso libre que combina rigor crítico y exuberancia formal. Todo ello se confirma en un libro antológico posterior, *Extracto de poesía* (1982). De su calidad da cuenta el dato de que,

²⁶ Citado por Romero, Armando: «El nadaísmo y la literatura...», op. cit., pág. 187.

²⁷ Jaramillo Agudelo, Jaime: «La poesía nadaísta...», op. cit., pág. 793.

junto a Rivero, es uno de los escasísimos poetas colombianos muy bien representados en la *Antología de la poesía hispanoamericana* realizada por su compatriota, el también poeta Juan Gustavo Cobo Borda²⁸.

En resumen, podría preguntarse qué queda hoy del ciclón nadaísta. Más allá de efímeros pronunciamientos personales, permanece una aportación literaria que no ha logrado sobrepasar las fronteras nacionales y que puede considerarse como apéndice local de la gran aventura surrealista. Aunque por su cronología en relación al cuadro continental correspondería a la postvanguardia, sus continuas búsquedas y su actitud rebelde le sitúan como impulsor de una vanguardia que, si bien ya había sido superada a nivel formal, en Colombia sólo había tenido una tímida eclosión en los años veinte... Al irracionalismo que caracteriza la poesía de nuestro siglo y la iconoclastia, no sólo frente a conflictos nacionales, sino también ante problemas culturales o derivados del oficio del escritor, se superpondrán, después, elementos de la cultura de masas, dentro de un lenguaje coloquial que recrea el clima cotidiano de poetas que irán perdiendo progresivamente el espíritu polémico hasta acabar convertidos en profesores de universidad. Por esta vía se desemboca en el *postnadaísmo*, que no supone ruptura violenta con lo anterior sino un nuevo camino, en ocasiones paralelo, cronológicamente hablando —así, por ejemplo, José Manuel Arango, el último colombiano consagrado por la ya citada antología de Cobo Borda, nace en 1937—²⁹. No hay, pues, voluntad de ruptura, sino más bien deseo de sumarse a esa poesía urbana de sus compatriotas hispanoamericanos (Borges, Paz, Pacheco, Ernesto Cardenal, Nicanor Parra...) mejor conocidos ahora. Y como resultado, mayor calidad poética. Creo que, para concluir, se podrían avalar las palabras de Cobo Borda:

Generalizando, en exceso, podemos decir que el grupo nadaísta hizo suyos los fuegos del surrealismo a través de la *Antología de la poesía surrealista* que Aldo Pellegrini editó en la Argentina en 1961. El grupo posterior (...) descubrió su pertenencia a América Latina mediante la *Antología de la poesía viva latinoamericana* que el mismo Pellegrini habría de publicar en 1966 en Barcelona³⁰.

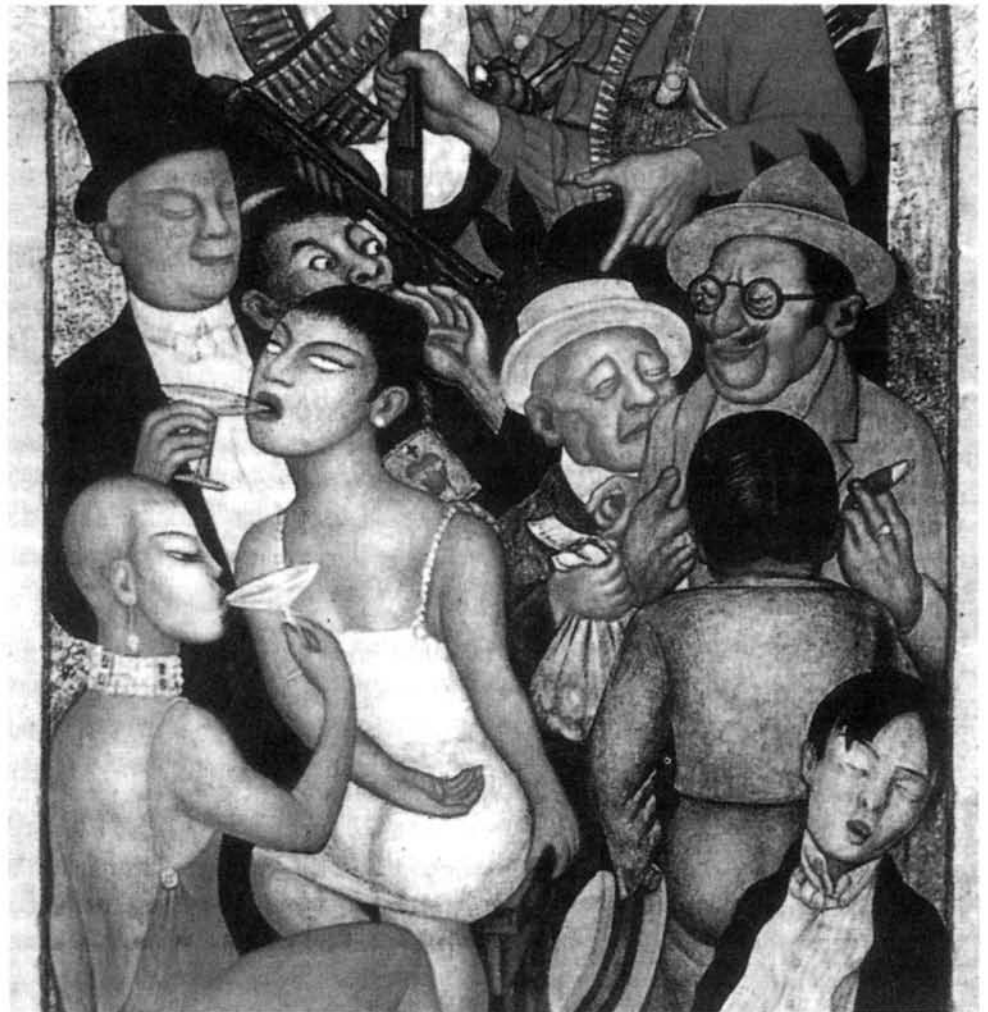
María M. Caballero Wanguemert

²⁸ México, FCE, 1985.

²⁹ Sobre la actividad poética de las dos últimas décadas pueden consultarse dos artículos de Mercedes Carranza: «Colombia: poesía posterior al Nadaísmo» (en *Eco. Bogotá*, tomo 4/4, agosto 1982, n.º 250, págs. 337-360; y «Poesía postnadaísta» (en *Revista Iberoamericana*, Pittsburgh, julio-diciembre 1984, n.º 128-129, págs. 799-820). Es interesante también el artículo de J.G. Cobo Borda: «Dos décadas de poesía colombiana» (en *Eco. Bogotá*, abril 1983, n.º 258, págs. 617-639).

³⁰ Cobo Borda, J.G.: «Dos décadas...», op. cit., pág. 635.

«Hacer poesía pura, suprimiendo todo elemento extraño y desnaturalizado» (Manifiesto estridentista)



Diego Rivera: «Orgía»
(1926)